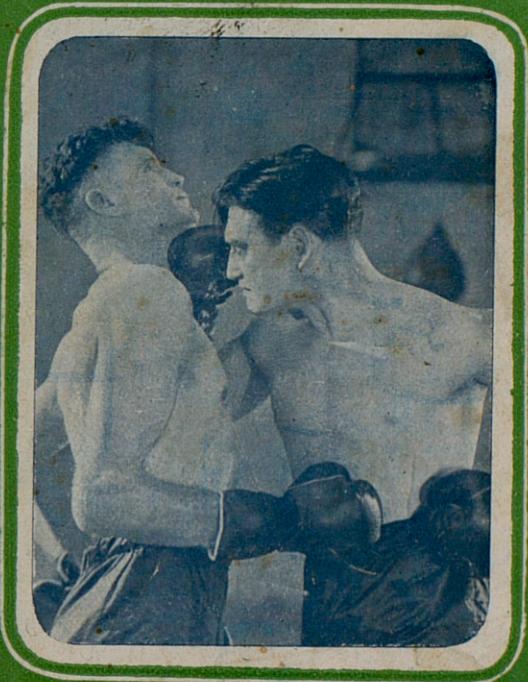


LA NOVELA FILM

N.º 162

30 cts.



EL BUSCADOR DE EMOCIONES

POR
RICHARD DIX, JACQUELINE LOGAN, ETC.

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono A 4423

BARCELONA

AÑO IV

N.º 162

EL BUSCADOR DE EMOCIONES

(MANHATTAN, 1924)

Interesantísima película americana, dirigida por
R. H. BURNSIDE e interpretada por los célebres
artistas

Richard Dix, Jacqueline Logan, Gregory Kelly,
Oscar Figman, George Seigmann, etc.

Es una Película PARAMOUNT

Exclusiva de

Paramount Films S. A.

(antes SELECCINE, S. A.)

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ANNA Q. NILSSON

El buscador de emociones

Argumento de la película

Manhattan, el burgo isleño en donde está centralizado todo el poder y riqueza de Nueva York, ofrece los más notables contrastes. El corazón de la gran urbe es su famosa arteria, la Quinta Avenida, a un tiro de piedra de la cual, la pobreza se codea con la desesperación y la inocencia con el crimen.

En 1626, un tal Pedro Minuit compró toda la isla de Manhattan a los indios que la habitaban, por la insignificante suma de veinticuatro dólares.

En 1926, el último Pedro Minuit, descendiente de aquél, hubiera sido capaz de venderla, cualquier mañana, por veinticuatro centavos.

Pedro Minuit vivía en un bello palacio heredado de sus antepasados. Multimillonario, sin preocupaciones, solo en el mundo, sufría el mal de muchos ricos de la edad moderna: el aburrimiento. Buscaba, sin hallarlas, las emociones que pudieran llenar su corazón. Y de placer en placer iba transcurriendo su juventud dorada de parásito, con el ansia inefable de vivir otra existencia pletórica de novedad.

Aquella mañana, como de costumbre, el criado Brimberly, uno de esos fieles y buenos sirvientes de

las casas grandes, le despertaba de su largo sueño, abriendo de par en par las ventanas de su habitación y dejando libre el avance del sol matutino.

El criado no se sorprendió al ver a Pedro echado sobre la cama y vestido de frac, con el traje completamente arrugado y sucio. Pero llamó la atención que llevase en la rígida pechera de la camisa varios sellos de correo pegados a ella y el nombre y la dirección de su casa. Al parecer, la orgía había sido la noche anterior, de las que forman época.

El viejo criado llamó suavemente a Pedro:

—Señorito... son las doce...

Pedro desperezóse lentamente, inició unos movimientos gimnásticos y contestó:

—Perfectamente... Brimberly... ¿qué día de la semana es hoy?

—Miércoles, señor.

—¿De esta semana?

—Creo que sí.

—Bien... bien... y dime, ¿qué cara tengo? ¡Estoy fatigado!

Brimberly, mintiendo, contestó con aplomo:

—Tiene usted un semblante bueno... buenísimo.

Sontió el joven y de pronto miró con extrañeza su camisa franqueada con varios sellos.

—¡Caramba! ¿Es que soy un paquete postal? ¡Ah, ya recuerdo! Anoche me mandaron a casa por correo... con sello urgente...

Alegróse al recordar que había sido conducido a casa por sus amigos de juerga.

El criado rió también, comprensivo... ¡Ay, la juventud!

De pronto, entre el embozo de las sábanas, Pedro sacó un grotesco muñeco de cera y dijo a Brimberly:

—Aquí te presento a mi compañero... Me lo ha regalado un ventrilocuo amigo mío. Anoche aprendí a hacerle hablar y es diferente de los criados en que siempre dice la verdad.

Brimberly intentó protestar contra aquel descrédito de su profesión, pero Pedro le interrumpió:

—Sí, sí, él no miente como vosotros... Y si no, oye... Tú me has dicho que tengo buen semblante ¿eh? Pues escucha la opinión del muñeco...

Y cogiendo a la figura le dijo:

—Vamos a ver, amigo... ¿qué cara tengo?

El mismo Pedro procurando cambiar la voz y sin que sus labios se moviesen, contestó:

—¡Horrorosa!

—¡Ah, bravo! ¡Ves como mentías, Brimberly?

El sirviente sonreía tolerando aquellas bromas simpáticas del señor.

Pedro ordenó, decidido:

—Y a propósito, encárgate de decirle al viejo del gimnasio que hoy no me espere...

El criado desapareció y Pedro, mirando con ojos soñolientos al muñeco, le dijo:

—¿Qué te parece si durmiéramos aun un poco?

Y como el muñeco fué de la misma opinión, Pedro Minuit se entregó otra vez a las delicias del sueño.

Brimberly se dirigió al gimnasio, situado en los mismos sótanos del palacio, a transmitir la orden del señor.

—El señor Minuit no va a venir esta mañana —dijo el entrenador Joselín. Parece que está sufriendo los efectos de la borrasca de anoche...

—¡Malditas noches! ¡Estropearán al señor Minuit! —comentó Joselín.

Joselín, acostumbrado toda su vida a andar a puñetazos, se quejaba de que Pedro Minuit hubiese nacido millonario, pues el deporte había perdido un astro de primera magnitud. ¡Era tan robusto y fuerte aquel muchacho! ¡Pero con sus fabulosas riquezas, jamás querría luchar para campeón!

El criado volvió a rondar por las habitaciones del señorito, esperando que éste despertase de nuevo...

A las tres, después de hacerse servir en el mismo lecho un almuerzo frugal, Pedro Minuit preguntó al muñeco que tenía en brazos:

—Dime, chiquillo, ¿qué sucede con la vida? ¡Estoy

aburridísimo! ¿Dónde podríamos encontrar un poco de excitación?

Y le pareció que el muñeco por arte de magia, le respondía:

—Lo que en el mundo sobra es excitación... Si quieras emociones y aventuras, no tienes más que salir a la calle a buscarlas.

—¡Buscarlas! Esto se dice pronto, pero, ¿dónde?

Y creyó que la voz del muñeco seguía acariciando su oído:

—Para ello, sólo hay que asomarse al mundo.

—¡El mundo! ¡Bah! pero si todo es lo mismo, si nada varía en la tierra...

Y durante todo aquel día, la idea de buscar aventuras, emociones, le persiguió como una pesadilla. ¡Asomarse al mundo! Y viendo un periódico, creyó que las hojas impresas que son el reflejo de la vida, le sacarían de dudas.

Buscó la sección de sucesos, y leyó estos párrafos con curiosidad de adolescente:

Las Bandas de Pistoleros del Infiernillo vuelven a hacer de las suyas.

Tres muertos y varios heridos enfrente al salón de billares de Bud Mc Ginnis.

Después de inusitada calma, los pistoleros que aterrizaron hace un par de años el populoso barrio de la ciudad conocido con el significativo nombre del Infiernillo, han vuelto a demostrar actividad... A dos pasos de la puerta del Salón de billares...

Y seguía una larga información sobre el atraco que había causado víctimas.

¡Pues era verdad! ¡Ocurrían cosas en la tierra! Y Pedro, enardecido aun más, siguió devorando líneas:

La policía sigue la pista al "Caballero Jorge".

Existen sospechas de que el autor de los recientes robos es el tristemente célebre ladrón apodado el "Caballero Jorge", a quien la policía de cuatro es-

tados sigue la pista con probabilidades de echarle el guante antes de que transcurran muchos días. Se dice que el "Caballero Jorge" opera invariablemente sin el auxilio de herramientas, pues sus hábiles dedos abren las mejores cajas de caudales.

Estas dos noticias convencieron a Pedro sobre la posibilidad de encontrar emociones y el joven mi-



—Dime, chiquillo, ¿qué sucede con la vida? Estoy aburridísimo...

llonario se decidió a ir a ver si era verdad tanta belleza.

Por lo pronto se encaminaría hacia el barrio del Infiernillo con el ansia de encontrar peligros o salvar a inocentes víctimas del crimen y de la infamia,

Llamó a su criado ordenándole buscarse un traje viejo, y llevado de la alegría que le llenaba el alma, exclamó:

—Brimberly, vas a tener desde hoy otro amo... Voy al barrio del Infiernillo... quiero encontrar emociones a granel...

Brimberly buscó en el guardarropía y volvió al cabo de un rato con un vestido:

—Este es el traje más viejo que he encontrado... y el más despreciado de todos...

—Perfectamente...

Se vistió rápidamente, calóse una gorra hasta los ojos y se dispuso a salir, no sin antes haberse guardado la cartera en un bolsillo de la americana.

—Señorito — le advirtió el criado — si tiene usted intenciones de ir a ese barrio de mala fama que llaman el Infiernillo, le aconsejo que deje todas sus cosas de valor en casa.

—Tienes razón...

Guardó la cartera, el reloj y una sortija de brillantes en la pequeña caja de caudales empotrada en la pared de su despacho.

Y así, vestido con aquel "traje de carácter" que le daba una semejanza con los verdaderos moradores de los barrios bajos, Pedro Minuit se lanzó en busca de emociones y aventuras por el Infiernillo, el lugar de más mala fama en la isla de Manhattan.



Minuit tenía el firme propósito de no regresar a su casa hasta que la fortuna le hubiese deparado por lo menos media docena de aventuras emocionantes.

Pero, aquella noche, como si todas las gentes del Infiernillo se hubiesen comunicado una orden secreta, reinaba en el barrio un silencio y una tranquilidad convencionales.

Minuit, paseando por las calles desiertas, miraba, aguzaba el oído, procurando ver una sombra, oír una demanda de socorro, algo que hiciera necesaria su

intervención y con ella el principio de una aventura peligrosa.

Desesperaba ya de encontrar algo que satisfaciese sus ansias de luchador, cuando vió pasar un automóvil que se detenía a pocos pasos de allí y cuyos ocupantes llevaban antifaz negro.

—Ya tenemos la aventura — se dijo. — ¡Pistoleros!

Pero descendieron cuatro o cinco personas del coche dando grandes gritos de alegría... y penetraron en una casa...

Y entonces, Pedro Minuit se dió cuenta de que se trataba de un baile de máscaras y los ocupantes del coche, alegres y divertidos jóvenes, deseosos de encontrar aventuras... de amor.

—¡Bah! ¡Una mascarada! ¡Pero no hay que desanimarse!

Y siguió su camino hasta que al doblar una esquina dió con un numeroso grupo que en mitad de la calle parecía rodear o maltratar a algún individuo.

Pedro lanzóse como una exhalación sobre ese núcleo de gente y cuando, después de sufrir empellones y pufietazos incontables se encontró frente a la causa de lo ocurrido, no pudo reprimir una amarga mueca de desengaño.

Se trataba de un vendedor de medias... a cualquier precio, y los parroquianos alborotaban y se estrujaban de aquel modo, temerosos de que se acabase la mercancía antes de haber adquirido cada uno de ellos un par de aquellas medias de seda que darían el golpe... y todo por cincuenta céntimos.

—¡Y eso son las aventuras del barrio del Infiernillo! — se dijo, malhumorado. — ¡Una mascarada ridícula y un viejo vendiendo medias!

Estuvo aun deambulando largo rato por las calles, y ante el resultado negativo de todo, optó por regresar a su casa. ¡Cómo mentían los diarios!

Y fué al llegar a su casa y penetrar en su despacho cuando comprendió que la aventura no estaba lejos. Vió un redondel de luz que desaparecía y luego un hombre que se ocultaba tras unas cortinas.

Requirió valiente su revólver y gritó, después de encender las luces:

—Salga usted de ahí... si no quiere que le mate...

Un hombre joven apareció ante él, los ojos bajos y la actitud humilde. Pedro le contempló con emoción. Por fin, entre la monotonía de su vida, algo ponía su sello de aventura y de lucha.

—Supongo que será usted un ladrón — gritó. — Pues, hombre, me alegro de conocerle...

El ladrón que había intentado inútilmente forcejear la caja, parecía confundido. Y en el exterior de la finca, junto a la valla del jardín, dos hombres ya maduros que habían visto encenderse las luces de la habitación, comentaron entre sí:

—El "Chico" ha caído en la trampa... Un detective le habrá cazado...

—Pues huyamos nosotros antes no nos ocurra igual...

Y pusieron pies en polvorosa, saltando la valla y desapareciendo en la lejanía...

Entretanto el ladrón y Pedro, frente a frente, se observaban.

El ladrón, viendo la mala catadura de Pedro, su traje deteriorado y el gesto amable con que le habló, le pareció que era otro compañero que había entrado para robar.

—¿Qué asunto le ha traído por aquí? — preguntó Pedro, guardándose el revólver en el bolsillo.

—Por lo que veo, el mismo que a usted...

Pedro quedó sorprendido ¡Demonio! ¿Es que te tomaban por un ladrón? La aventura se complicaba con la seducción del misterio...

—Dígame, ¿se puede saber su nombre? — preguntó el millonario.

—Me llamo Malone... y me conocen por el "Chico" — dijo el ladrón.

—¿Quiénes son los de su banda?

—Estoy "operando" por Bud McGinnis, el de los billares...

Este nombre pareció llevar a la mente de Pedro

el recuerdo de lo leído en la prensa unas horas antes... Y cuando el ladrón preguntóle:

—Si no es indiscreción, ¿podría decirme quién es usted?

Pedro respondió tranquilamente y con el ánimo de crear una aventura única:

—Yo soy... el "Caballero Jorge"...

El "Chico" dió un paso atrás, sorprendido ante aquel "personaje del hampa". ¡El "Caballero Jorge"! ¡El hombre cuyas hazañas iban de boca en boca entre todos los apaches del barrio! Y le contempló con respeto y admiración.

Pedro, dándose cuenta de la impresión que aquel nombre producía en el "Chico", se dispuso a proseguir su mentira. Aquella sería el principio de toda una serie a cual más peligrosa y emocionante.

—Los detectives me siguen la pista — dijo en voz baja —. Si me esconde por unos días, estoy dispuesto a ir mitad y mitad de lo que haya en la caja...

—Ya lo creo que le esconde — respondió maravillado el "Chico", contento de tratar relaciones con personaje tan principal —. ¡Todo el tiempo que quiera!

—Pues bien, vamos a marcharnos, pero antes quiero abrir la caja de caudales de esta casa... Verás con que facilidad lo hago...

Y naturalmente, Pedro Minuit, sin ayuda de herramienta alguna, dejó libre la caja. El "Chico" no salía de su asombro. Le habían hablado de la habilidad del "Caballero Jorge", pero ahora quedaba maravillado.

—Acabo de darme cuenta de que es usted el "as" de los ladrones.

Pedro sonrió y apoderándose de los billetes de banco que había en la caja entregó la mitad de ellos al "Chico", guardándose el resto. Y además le dió la sortija de brillantes mientras él se guardaba el reloj.

Silenciosamente, procurando no hacer el menor ruido, Pedro y el "Chico" abandonaron el palacio.

Pedro creía estar viviendo un sueño. Las emociones de su juventud, soñadas tantas veces, iban a tener forma real...

Ya en la calle, el "Chico" después de asegurarse de que nadie observaba, dijo a su nuevo amigo:

—Buen golpe el de hoy, "Caballero Jorge". Pero ahora lo que conviene es ocultarle a usted...

Se encaminaron, silenciosamente al salón de billares de MacGinnis. Al subir la escalera dos hombres les observaron. Eran los dos cómplices, que habían esperado antes en el jardín el golpe del "Chico" y que huyeron al creer que éste había sido sorprendido por la policía.

—El "Chico" va con un detective... — dijo uno de ellos —. El maldito policía debe obligarle a descubrir donde nos ocultamos... Acabemos con él.

Y sin que Pedro Minuit pudiera evitar la agresión ni la sospechara el "Chico", el ladrón con la culata de su revólver dió un terrible golpe a la cabeza de Pedro que cayó desplomado sin sentido.

El "Chico", aterrado, les gritó:

—¿Qué habéis hecho? ¡Cuidado que sois bestias! ¡No comprendéis con solo verle que no es detective! Es "El Caballero Jorge", que me ayudó a "operar" la Caja...

Los dos cómplices, extrañados por las palabras del "Chico", se alejaron para comunicar a Mc Ginnis, el jefe de la banda, lo que había ocurrido.

El "Chico" en compañía de algunos amigos llevó a Pedro a una casa vecina, instalándolo convenientemente en uno de los pisos, donde vivía la viuda Trapes, una mujer cargada de hijos.

Y gracias a los cuidados y atenciones que le prodigaron el "Chico" y su hermana, que vivían en las habitaciones enfrente de las de la viuda Trapes, Pedro Minuit, al día siguiente, encontróse muy mejorado.

Y aquel amanecer, Pedro tuvo una sensación diferente a la de costumbre. Encontróse en una cama desconocida, con un terrible dolor en la cabeza y

atendido con ternura por una guapísima muchacha.

Al principio no recordó bien lo que había sucedido... Pero, ¿dónde se hallaba? ¿Por qué despertaba hoy en aquella habitación humilde, tan distinta al lujo de su palacio? ¿Qué habría ocurrido, pues?

La muchacha que sonreía ante él, le dijo como adivinando sus pensamientos:

—Soy María... la hermana del "Chico".

El nombre del "Chico" le hizo recordar de un golpe lo acaecido la noche anterior. Pero... había ido al salón de billares, mas no recordaba porque estaba aquí herido y en cama tan humilde.

El "Chico", que un poco alejado le observaba, cariñosamente le dijo:

—¿Qué le parece a usted lo de anoche? ¡Si serán bestias mis compañeros! ¡Por poco le mandan al otro barrio! ¡A usted, al "Caballero Jorge"!

Pedro sonrió... Volvió a darse cuenta efectivamente de que ya no era el millonario Pedro Minuit sino el famoso ladrón, perseguido por la policía, "El Caballero Jorge"... Acordóse de que su ansia de aventuras le había llevado a aquella montaña y se dispuso a proseguir el error.

—En efecto, parece increíble — dijo —. ¡Atacar a un hombre como yo!

El "Chico" despidióse de Pedro diciéndole:

—Tengo que dejarle... McGinnis quiere verme... Quédese conmigo. No se vaya — dijo Pedro.

—No puedo, es el amo de todo el distrito del Infiernillo... ¡y desgraciado de quien no le obedeciera!

El "Chico" salió y Pedro Minuit quedó sumido en cierto aturdimiento doloroso. Pero le desvelaron las exquisitas atenciones de la muchacha.

Ante él, mirándola bondadosamente, estaba María, una mujercita encantadora que tenía en sus cuidados ternuras de madre. Al ver que Pedro observaba, ella se encaminó hacia la puerta.

—María... — murmuró el joven — no se vaya usted...

—Lo que le conviene es descansar... — dijo ella tiernamente...

—No quiero dormir... ¡No se marche...!

Y hablaron los dos con una ingenuidad de jóvenes heridos por la misma simpatía, Pedro, acostumbrado al trato de tantas mujeres, encontraba en su enfermera María algo cautivador y especial. ¿Qué encanto era el de aquel despertar? Y María no podía concebir que aquel muchacho fuera el terrible Caballero Jorge...

Parecía tan simpático... y bueno; Y a veces reía con una sonrisa inocente...

Hablaron durante media hora. Y aquel pequeño espacio de tiempo les llenó a los dos de emoción.

María y su hermano eran víctimas de la avaricia de Mac Ginnis, el miserable dueño del salón de billares que les explotaba para sus fines obligándoles a pertenecer a una banda. Pero en el fondo los dos jóvenes conservaban intacta su dignidad con un deseo de cambiar aquella vida contra la ley.

Mientras María y Pedro hablaban, el "Chico" se había encaminado a los billares a visitar a Mac Ginnis.

Llegó en el momento preciso en que Mac Ginnis sostenía un violento altercado con "Resbalones", uno de sus secuaces.

"Resbalones" había perdido cierta cantidad en el juego y protestaba ante Mac Ginnis pretendiendo que le devolvieran su dinero. Pero Mac Ginnis, brutal, le cogió en vilo tirándolo casi a la puerta del establecimiento, mientras le gritaba furioso:

—¡La próxima vez que vuelvas a armar aquí dentro camorra, vas a salir con los pies hacia adelante!

"Resbalones" se levantó y al salir dijo al "Chico":

—"Chico", ten presentes mis palabras... Algún día Mac Ginnis se la va a cargar y va a ser de mí...

Luego desapareció, echando maldiciones, mientras el "Chico" se encaminaba hacia el despacho de Mac Ginnis.

—¿Cómo anduvo el asunto anoche? — le preguntó el amo.

El "Chico" le enteró minuciosamente de todo lo ocurrido entregándole luego los billetes de Banco y la sortija que le donó el supuesto Caballero Jorge.

—Bien... bien — dijo Mac Ginnis después de embolsarse la sortija y los billetes y de separar una pequeña cantidad que entregó al "Chico" como premio — no se perdió del todo la expedición... Pero me extraña que tengas en casa al Caballero Jorge. Ya me enteraré yo de lo que haya de cierto de todo eso... Y a propósito... cuando veas a tu hermana, dile que he preguntado por ella...

Porque Mac Ginnis amaba con toda la fuerza de sus malos instintos a la dulce María a pesar de que ésta le había siempre rechazado. Pero el malvado, sabedor de que nadie se resistía a sus órdenes, estaba seguro de que María sería suya.

El "Chico" despidióse de Mac Ginnis y se dirigió a su casa, subiendo al piso de la viuda Trapes donde María seguía aún hablando con el herido... Jorge sonrió al ver entrar al "Chico".

—¿Cómo se encuentra usted?

—Mejor que antes... Mi bonita enfermera ha hecho el milagro...

Y miró a María... Y María bajó los ojos sintiendo rubor...



Pasaron algunos días. Pedro Minuit había descubierto una vida desconocida para él. Seguía hospedado con pretexto de no estar aún bien del todo en casa de la viuda Trapes, y como en las habitaciones de enfrente vivían el "Chico" y su hermana, ello le permitía interesarse por las cosas de éstos, aunque quien más le interesaba era María.

La viuda Trapes, una buena y honrada mujer, con cinco hijos, se mostraba encantada de tener por huésped a joven tan educado y distinguido. Ella había contado a Pedro que el "Chico" y su hermana eran

víctimas del poder terrible de Mac Ginnis, que además, quería corromper a María en su provecho y empujaba al muchacho a la carrera del crimen para satisfacer sus innobles deseos.

Y Pedro juró constituirse en salvador de la muchacha y del "Chico", a quienes estaba dispuesto a rescatar de las garras de Mac Ginnis, costara lo que costase.

Pedro había escrito a su criado Brimberly, diciéndole que estaría ausente durante varios días. El muchacho quería vivir plenamente una temporada su existencia de hombre aventurero.

Y mientras llegaba el momento de hacer algo, Pedro divertía, llevado de su carácter alegre y bullanguero, a los niños de la viuda Trapes.

Había arrollado un pañuelo en su mano, dando a ésta la apariencia regocijada de un muñeco viviente la hacía bailar y cantar, y los pequeños reían ante las bromas saladas del millonario.

Una tarde, después de haber pasado un rato con los chicos les dió un dólar para que fueran a comprarse mantecado. La viuda Trapes sonreía complacida de su huésped... Y Pedro al ver entrar a María en el piso dió otro dólar a la viuda, diciéndole con una sonrisa de súplica:

—Cómprese mantecado para usted también, señora Trapes...

—Pero, usted nos acostumbra mal a todos... Estas cosas no han sido hechas para nosotros...

—Ande, coma y váyase, buena mujer...

La viuda comprendió que Pedro quería quedarse con María y salió del piso.

La muchacha y el millonario se miraron un instante en silencio.

—¿Y cómo va eso? — preguntó al fin la joven—. ¿Se encuentra ya bien? ¿Le duele aún la cabeza?...

Y bondadosa le acarició la frente vendada.

—Me dolía... pero no tanto ahora... — dijo él pícaresco...

Ella rió y miró el pañuelo que el joven llevaba atado en la mano.

—Ah, le presento a mi amiguito —agregó Pedro—. Ríe, canta y lo hace todo... ¿Quiere usted que canté algo?

—Sí, sí...



—¿Se encuentra ya bien? ¿Le duele aún la cabeza?

—Pues, a ver si te luces, muñeco, que va a oírtela mujer más bonita del barrio.

Y María escuchó la voz del "muñeco".

"Mi corazón suspira por una niña que se llama María..."

Ruborizóse la hermana del "Chico" sintiéndose turbada. Pedro exclamó alegremente:

—No puedo dominar a ese muñeco... Es capaz de decir cualquier disparate...

La alegre conversación quedó interrumpida por la presencia de Mac Ginnis y del "Chico".

María retrocedió asustada. Le daba miedo ese hombre que estaba enamorado de ella. Y no podía reprimir un sentimiento de asco hacia su persona.

Mac Ginnis sin dignarse mirar a Pedro, dijo a María:

—Como que tengo que salir de la ciudad a un asunto de negocio, he entrado para despedirme... Ya sabes como te quiero...

Pedro comprendió que el recién venido era Mac Ginnis, el hombre que perseguía a María según le había informado la viuda Trapes, y sin poder contenerse, dijo, atiplando la voz y haciendo dar al muñeco que formaba con la mano contorsiones ridículas:

—Adiós para siempre... adiós.

Mac Ginnis, adivinando que aquel hombre le tomaba el pelo se dirigió a él en actitud amenazadora.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? — dijo.

Pedro sonrió. Y el "Chico" dijo:

—Mac Ginnis, es el "Caballero Jorge", el hombre que me ayudó en el golpe último...

Una sonrisa de hielo se retrató en el semblante de Mac Ginnis. Y mostrando un periódico se lo entregó a Pedro diciéndole:

—¿De modo que es usted el "Caballero Jorge"? ¡Admirable!... Oigan todos lo que trae el diario de esta mañana...

Leyó:

"La policía captura al "Caballero Jorge". El temible ladron ha sido conducido perfectamente custodiado a la Penitenciaría de Joliet".

María y el "Chico" se miraron sin comprender el misterio. Pedro al verse descubierto a medias, respondió tranquilamente:

—Uno no puede creer todo lo que lee en los periódicos. Recuerdo que en una ocasión lei que todo Nueva York le tenía miedo a usted...

—¿Se puede saber quién es usted? — le gritó

Mc Ginnis, furioso. Y le cogió violentamente por el brazo.

—Ne me toque que me hace cosquillas — dijo Pedro, riendo—. Yo no soy otro que el "Caballero Jorge"...

—Perfectamente. Sea quien fuese, le recomiendo que no lo encuentre aquí cuando vuelva si quiere conservar la salud.

Y volviendo la espalda se acercó a María y le dijo:

—María, te traigo un regalo muy bonito....

Y puso en uno de sus dedos el anillo que el "Chico" le había dado unos días antes y que pertenecía a Pedro.

Ella quiso quitarse esa sortija de compromiso pero Mc Ginnis le obligó a retenerla.

—María, ándate con cuidado que ya me estoy cansando de que se me tome por el pito del sereno... Este anillo quiero que lo lleves...

Pedro al descubrir la sortija y el rostro triste de María sintió deseos de caer sobre aquel Mc Ginnis e iba ya avanzar unos pasos cuando un gesto de la muchacha le contuvo. ¡Ah, a Pedro le interesaba extraordinariamente la hermana del "Chico" y no estaba dispuesto a tolerar que aquel bárbaro la insultase!

Mc Ginnis con aire triunfador se dirigió a la puerta, diciendo:

—Pues hasta pronto... Anda, tú, "Chico", agarra mi maletín y llévalo a la estación. Y usted, Caballero o lo que sea, no olvide que si cuando regrese lo encuentro aquí, va a tener que salir en camilla...

Y marchó con el "Chico". Pedro dijo enfurecido:

—María, eso no puede tolerarse. Mc Ginnis no volverá a molestarla si usted me autoriza para ello...

Una sonrisa triste se dibujó en el rostro de la joven.

—No, no haga nada. Usted no le conoce. Es capaz de mandarlo matar...

—¿Usted le quiere?

—No.

—Pues entonces, ¿por qué no huye de él? ¿Por qué no se va a vivir a otra parte?

—No puede ser — respondió ella tristemente — Usted no podrá comprender los motivos.

Pedro la dejó preguntándose inútilmente por qué María no luchaba contra Mc Ginnis.

Su deber de caballero le obligaba a defenderla con-



...no olvide que si cuando regrese lo encuentro aquí, va a tener que salir en camilla...

tra aquel bruto. Y se dispuso a hacerlo con el heroísmo y la abnegación de la juventud.

María, entretanto, contaba sus penas a la viuda Trapes...

—Tengo miedo de que su huésped sea víctima de Mc Ginnis... le odia... lo veo en sus ojos. Pero... dígame... ¿cree usted que él es un ladrón? El no es el "Caballero Jorge"; ¿qué intriga hay aquí?

La viuda Trapes respondió decidida:

—¿Mi huésped un ladrón? Si él es un ladrón yo soy la hija de Barbarroja... Vaya usted a saber de quién se trata...

María estaba nerviosa.

—Me siento tan sola... tan sola... Yo no sé qué hacer... El "Chico"... Mc Ginnis... ese joven...

¡Hubiera deseado librarse del dueño de los billares, acogiéndose por entero a la protección del desconocido, pero éste era tan misterioso! Y a pesar de ello, se preguntaba si en su alma no nacía ya el sentimiento divino del amor.

Comprendiendo que él era el más indicado para recibir "calurosamente" a Mc Ginnis a su regreso, Pedro fué a tomar unas cuantas lecciones de etiquette en una de las salas de boxeo de la ciudad.

Perfectamente entrenado, se dispuso a dar una sorpresa a Mc Ginnis. Porque se había propuesto liberar a María de las garras del seductor y lo haría aunque le costase la existencia.

Pasó una semana de paz y tranquilidad... Pedro, perfectamente entrenado, esperaba la ocasión oportuna para castigar a Mc Ginnis.

Una tarde estuvo hablando largamente con María. Llevaba para ella un ramo de flores. Quería saber, averiguar si María amaba o no al dueño de los billares. Y ella agradeció el delicado regalo...

—Dígame la verdad, María. ¿Usted ama a Mc Ginnis? — preguntó Pedro.

—No — contestó sin vacilación...

—Pues si no le ama... ¿por qué lleva usted esta sortija?

María bajó los ojos y luego dijo:

—Porque temo... por usted y por el "Chico"... Mc Ginnis sería capaz de mandar a mi hermano a presidio y ...matarle a usted.

Esta última palabra conmovió a Pedro. ¡Oh, María se interesaba por él!

—María — le dijo —, yo la quiero a usted con

amor honrado... ¿Por qué no me permite devolver el anillo a su verdadero dueño?

—¿Por qué no quiere usted descubrirme su verdadera personalidad? — le dijo María, adivinando algo extraño en la conducta de su amigo.



Llevaba para ella un ramo de flores...

—Yo se lo diré... pero más tarde. ¿No quiere confiar en mí... por unos pocos días? María meditó un momento. Y luego, entregándole el anillo, le dijo:

—Confío en usted... Le devuelvo la sortija;... pero si Mc Ginnis lo sabe...

—Contra Mc Ginnis estoy yo... María...

Pedro guardó el anillo.

Y ella le acarició una mano, sintiéndose poderosa al lado de ese hombre "único" tan distinto de los del barrio. No, no era posible que aquel joven fuese un ladrón. Era algo superior, algo fuerte como los hombres honrados que ella sólo creyó posibles en las novelas.

Y Pedro bendecía el momento en que comenzó su aventura... Ahora el amor había entrado a formar parte de aquella serie de emociones... y era la principal... porque no hay emoción humana comparable a la del amor.

De pronto, entró en la habitación, jadeante y sudoroso, el "Chico".

—Mc Ginnis está de vuelta — dijo. — Y viene hacia acá...

El terror se pintó en las mejillas de María...

—Pues vámmonos. ¡Pronto! — dijo Pedro.

—Sí, sí — murmuró el "Chico", porque si Mc Ginnis le encuentra, nos va a fastidiar a todos.

—Pero... me iré de aquí con una condición... que ustedes se vienen conmigo — dijo Pedro.

Ellos vacilaron, mas aceptaron finalmente ir con él, temiendo las consecuencias de una escena con Mc Ginnis.

—Usted, "Chico" recoja sus cosas y lléveselas a la casa de Minuit, en la Quinta Avenida... en donde nos encontrará a María y a mí... — agregó Pedro.

El "Chico" le miró asombrado. ¿En casa de Minuit, dónde habían ido a robar? ¿Pues quién era aquel hombre? Nadaba en un mar de sombras.

—¿En casa de Minuit? Dígame con toda franqueza, ¿quién es usted? — preguntó "El Chico", vacilante.

—No tardará mucho en saberlo...

Pedro entró un momento en su habitación y estuvo hablando con la viuda Trapes. Luego acompañado de María abandonó la casa subiendo a un taxi y dirigiéndose hacia su palacio de la Quinta Avenida.

Y entretanto, mientras "El Chico" hacía sus preparativos para ir a casa de Minuit, descando conocer el misterio que encerraba la extraña personalidad del Caballero Jorge, McGinnis llegaba al piso de la viuda Trapes, poseído de terrible furor.

Porque al regresar de su viaje, su primer pensamiento fué averiguar si el "Caballero Jorge" había cumplido su orden de marcha. Y al enterarse de que había sucedido lo contrario se dirigió a su casa con el ánimo de castigarle.

—¿Dónde está ese sujeto que se hace llamar "El Caballero Jorge"? — dijo a la viuda Trapes.

Esta respondió, tranquilamente, aleccionada por Pedro:

—La última vez que le vi estaba acostado con un dolor de cabeza terrible...

—¡Ah, el miserable!

Fué a su alcoba, la sala estaba oscura, pero vió algo en relieve que se delineaba bajo las sábanas y pegó contra este bulto un formidable puñetazo... mas dió en blando; aquello no era otra cosa que el almohadón.

Furioso por verse burlado, encontró esta carta sobre el lecho:

Mi apreciado señor McGinnis: No crea usted todo lo que lee en los periódicos... ni lo que ve debajo las sábanas...

El Caballero Jorge.

Mc Ginnis fué a la habitación del "Chico", sin hallar a nadie. ¿Habían huído también? Corrió dispuesto a encontrar al "Caballero Jorge" aunque fuese en el infierno. La viuda Trapes en un rincón reía el éxito de la estratagema de su huésped.

En la calle Mc Ginnis topóse con el "Chico" que pretendió huir al verle. Iba cargado con unas maletas y el bandido cayó sobre él como una tromba.

—¿De modo que tú también estabas tratando de huir?

“El Chico” intentó disculparse.

—Dime, ¿dónde está María y ese sujeto que se titula el Caballero Jorge?

—Yo no sé nada... — respondió, pálido de terror...

—¡Pillo! ¡Quieres engañarme... también?... Pero voy a emplear un medio para hacerte hablar como todos...

Y zarandeándole brutalmente le obligó a seguirle hasta el cercano salón de billares. Allí, solos en su despacho, Mc Ginnis quitóse la americana y dijo al “Chico”, que temblaba de miedo:

—Por última vez... ¿dónde están tu hermana y Jorge?

—No sé — respondió él, temeroso de comprometerles...

Un golpe formidable en la cabeza fué la contestación de McGinnis. El “Chico” pretendió huir pero se vió perseguido por la implacable violencia del miserable. Este colocó sus brazos a guisa de argolla sobre su cuello, ordenándole que confesara, y el “Chico” sufriendo ya los horrores de la asfixia terminó por explicar todo. María y su acompañante estaban en casa de Minuit.

Un grito de furor estremeció a Mc Ginnis quien desapareció formulando propósitos terribles de venganza.

Y mientras, Pedro Minuit y María habían llegado a la Quinta Avenida, sorprendiendo al criado Brimberly que con otro sirviente bebían y jugaban al entretenido mah-jong. Al verle llegar, balbucieron los dos una excusa y Brimberly murmuró:

—¡Oh, señor Minuit... perdone... nosotros pensábamos!...

María escuchó con emoción estas palabras que parecían mostrarle un mundo nuevo. ¡Aquel joven era el famoso Pedro Minuit! Y Pedro gozaba con esta turbación deliciosa de su novia. Deseando quedarse sola con ella, dijo:

—Brimberly, retirese... Cuando venga el ama, haga el favor de decirle que quiero hablar con ella.

El criado desapareció, extrañado de aquella compañía del señorito, ¡Ah, el calavera!

Quedaron solos Pedro y María y la joven como si viviera en pleno sueño de hadas, dijo a su amigo mostrando el soberbio salón:

—¿Y todo esto que hay aquí es suyo?

—No sé exactamente si la casa me pertenece a mí, o yo a ella...

—Pero... ¿usted... no es ningún ladrón, verdad? exclamó María.

—¡Pobre María! No, no lo soy, y me alegra... Quería buscar emociones, soy un pobre millonario que se aburría sin saber qué hacer... Y tú fuiste el sabor de la nueva aventura... de la nueva vida... y te amo...

Ella ahora pareció comprender. ¡No, no era posible!... ¡Se había burlado de ella! Un hombre como Minuit, cuya fortuna era admirada por todos, jamás se casaría con una chiquilla de los barrios bajos, con una mujer como María... Y lloraba con desconcierto, viendo rota su juventud.

Y Pedro intentó consolarla:

—Vaya, María, no seas chiquilla... Sé que eres buena... que te has conservado pura y santa en tu lucha con la necesidad... Y que tu hermano tampoco es malo... y haremos de él un hombre... Mira, te quiero como esposa, y vamos a casarnos pronto... Ten el anillo matrimonial...

Puso en sus manos la sortija y ella dijo al ver que era la misma que le había donado McGinnis:

—Pero ¿no es la que me entregó McGinnis? ¿No me dijo usted que se la devolvería a su dueño?

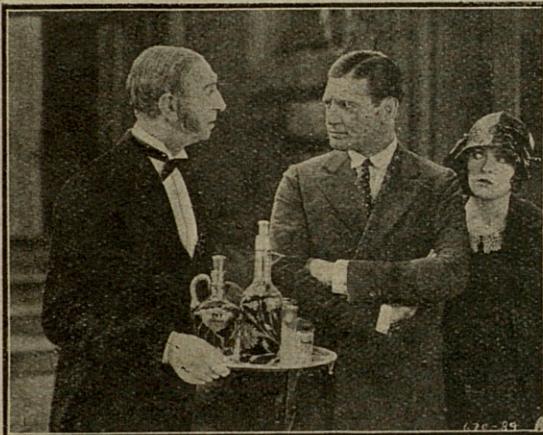
—Es que su dueño soy yo... Este anillo ha sido mío desde que vine al mundo... Y ahora es tuyo ya...

Besó su mano... Brimberly y el ama de llaves entraron en la habitación. Pedro se levantó y les dijo:

—Ama, quiero que atienda usted como se debe a la futura esposa de Pedro Minuit...

—Así se hará, señorito... — respondió el ama, sorprendida...

—Y ahora, María, vete a ocupar tus nuevas habitaciones y hasta mañana...



—Cuando venga el ama, haga el favor de decirle que quiero hablar con ella.

Y María, aturdida aún como si volviera a los sueños infantiles, se dejó guiar como una niña por el ama.

Pedro dijo a su criado:

—Me retiro a mi cuarto... Usted aguarde un momento a que llegue el hermano de la señorita... y le conduce a una de las habitaciones de arriba. No puede tardar...

Y en efecto, poco después, llamaba el "Chico" quien dijo al criado:

—Soy Malone el "Chico"... y tengo que hablar con mi hermana en seguida...

Parecía emocionado, pálido, dolorido... El criado le condujo al cuarto de su hermana... Pero ¿qué negocios tan extraños tenía ahora el señorito?



—Este anillo ha sido mío desde que vine al mundo.

María se sorprendió al ver al "Chico":

—McGinnis ha dicho que si te casas va a mandar un par de canallas a matar a nuestro protector. Estoy seguro de que lo hará...

El terror estremeció a María.

—¡Quiere matarle... y a traición! — siguió diciendo el "Chico"...

La muchacha recordó en aquel momento los numerosos crímenes que caían sobre la conciencia del malvado. Comprendió que Pedro peligraba... que su vida caería sacrificada bajo su malvado poder... Tuvo miedo... por él... Amaba a Pedro, lo amaba con el verdadero amor hecho de sacrificios, de renuncias... ¿Y tenía derecho ella a exponer la vida de su amado?

Su vacilación duró solo un momento. Ella se sacrificaría con la serenidad de las almas generosas.

—Quizás si le avisásemos... — dijo el "Chico".

—No, no... no podemos hacer eso... Hemos de huir... somos víctimas del destino que nos persigue... ¡Vamos a salvarle! El es Pedro Minuit y no podemos mezclarlo con su vida.

El "Chico" abrió unos ojos enormes al enterarse de la verdadera personalidad de aquel hombre.

María rápidamente trazó unas líneas en un papel y marcharon los dos. A Brimberly que se extrañó al verles salir, María dándole la carta, le dijo:

—Haga el favor de entregar esta carta al señor Minuit... mañana por la mañana...

Y los dos hermanos desaparecieron dejando a Brimberly lleno de confusiones. ¿Qué hacer? ¿No era extraño todo aquello? Y contrariando la orden de María llegóse a la alcoba de Pedro.

—La señorita me encargó que no le molestase a usted pero lo he pensado mejor y me he decidido a entregar la carta esta misma noche...

Minuit, nerviosamente, rasgó el sobre, y cayó al suelo la sortija que había regalado a su novia. Atemorizado, leyó:

Mi querido Pedro: No es posible que me case contigo. Te suplico que por tu propio bien me olvides.

—¿Qué es eso? — se dijo —. Aquí hay algo anormal... Adivino la mano de McGinnis... Pero yo salvare a María...

Y vistiéndose rápidamente se dirigió a casa de María y la Vda. Trapes le informó de la escena

ocurrida entre el "Chico" y Mc Ginnis. Supuso ahora que el dueño de los billares tenía algo que ver en el asunto y se dirigió veloz hacia su establecimiento.

María y el "Chico" habían llegado unos minutos antes, y Mc Ginnis, en su despacho se sorprendió enormemente al ver a la muchacha.

—¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Te has casado ya con el falso Caballero Jorge? Pues vas a enviudar pronto... Te lo juro — rugió.

—No voy a casarme con él... — dijo María — pero me ha de prometer usted que no le hará ningún mal...

—¡Ah! ¿conque vienes a suplicar por tu enamorado? ¡Perfectamente!... Yo los favores los cobro, ¿sabes?... Tú, "Chico", has el favor de marcharte...

Y como el muchacho protestase lo echo violentamente de la habitación. María le contempló con miedo adivinando en sus ojos hálitos de tragedia...

—Pues sí, chiquilla... Hemos de celebrar eso...
ea... dame un beso...

—No, no, déjeme salir...
Una carcajada estremeció a la joven... y Mc Ginnis, inflamado por los más innobles deseos, lanzóse contra la muchacha queriendo acercar sus labios voraces al cuello blanco y puro de la mujer...

Fué una lucha triste... y cruel... Ella se defendía pugnando por apartarse del sátiro... Y McGinnis enardecido por la lucha quería estrechar entre sus brazos el milagro de aquel cuerpo juvenil.

El "Chico" en el exterior pugnaba por abrir la puerta. Y ésta de pronto vino abajo empujada por unos hombros robustos. Era Pedro Minuit que entraba con la sonrisa vengativa de un dios.

—¡Miserable!... ¡Vas a pagármelas todas!...

— Tú... tú... canalla!...

McGinnis dejó libre a María y los dos hombres rivales por la misma mujer se enlazaron con una violencia de luchadores primitivos...

Combatiéndose salieron del despacho, rodando es caleras abajo hacia el salón de billares. Y de pron

to, mientras los concurrentes contemplaban horrorizados la lucha, un hombre, un antiguo cómplice de McGinnis, "Resbalones" disparó un tiro contra el



Fué una lucha triste y cruel...

dueño del salón que se estremeció brutalmente y luego quedó inmóvil y muerto.

Pedro se levantó buscando al hombre que había intervenido en la lucha. "Resbalones" detenido ahora por varios clientes reía...

—He sido yo... no preocuparse... ¡Le juré que me vengaría... y me he vengado!...

Pedro después de mirar por última vez al despreciable McGinnis cuyo rostro estaba agujereado por la estrella roja del disparo, corrió a auxiliar a María que en el despacho contiguo habíase desvanecido...

Y se la llevó lejos hacia su palacio de la Quinta Avenida...

Y unos días después, Pedro y María unían sus vidas ante el Pastor, y el "Chico", libre de malsanas influencias, juraba seguir en lo sucesivo la existencia de la honradez y del deber, único camino de la verdadera felicidad.

FIN

Próximo número:

EL PRÍNCIPE DE PILSEN

por Anita Stewart, Allan Forrest, George Sidney, Myrtle Stedman, etc.

Postal-regalo:

FRANCIS X. BUSHMAN (hijo)

La Novela Film

sale todos los martes.

Precio: 30 cts.

EN BREVE

el libro 12 de las selectas

EDICIONES ESPECIALES

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Z A Z Á

por GLORIA SWANSON

¡NO DEJE USTED DE LEERLO!

¡SIEMPRE LO MÁS INTERESANTE!

LEA USTED

TODOS ACABAN CASANDOSE

por Ossi Oswalda, Willy Fritsch, etc.

Libro 84 de la BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le faltén para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

// NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4425 A. - BARCELONA